

# 2009

**Revista Electrónica Historias  
del Orbis Terrarum**

Edición y Revisión por la Comisión  
Editorial de Estudios Medievales

Núm. 02, Santiago

<http://www.orbisterrarum.cl>



## **Los infieles a las puertas de Constantinopla. Los primeros esfuerzos árabes de tomar la Nueva Roma.**

*Por César Antonio Sánchez Barcazó.\**

### **RESUMEN:**

El comienzo del siglo VII de nuestra era se caracterizó entre otros por la encarnizada lucha de las dos superpotencias de la época: el Imperio Bizantino y la Persia Sasánida. Sin embargo su conflicto impidió a éstos percatarse que al mismo tiempo se gestaba en la península arábiga un peligro que conllevaría muchos problemas. Un profeta había nacido en la Meca y la estela que su mensaje provocó, dio origen a un poder que no se esperaba ninguno de los grandes contendientes. Finalmente, y posterior a la muerte de *Muhammad*, éstos se lanzaron a la conquista del mundo. El poder de Ctesifonte fue el primero en sucumbir, pero el de Bizancio resistió tenazmente, sin embargo con muchos daños. Las titánicas luchas entre bizantinos y árabes no cesaron, sino que se extendieron hasta comienzos del siglo VIII con gran intensidad y con diferentes problemas. Esta es la historia de la lucha bizantino-árabe durante los primeros enfrentamientos (629-718)

\* César Antonio Sánchez Barcazó es Licenciado en Historia de la Universidad de Chile.  
Contacto: [cesarbarbaro@gmail.com](mailto:cesarbarbaro@gmail.com)

**LOS INFIELES A LAS PUERTAS DE CONSTANTINOPLA.  
LOS PRIMEROS ESFUERZOS ÁRABES DE TOMAR LA  
NUEVA ROMA**

**Por César Antonio Sánchez Barcazó**

## Introducción: Los infieles y su desierto

Hacia fines del siglo VI de nuestra era, el panorama mediterráneo no había cambiado demasiado desde comienzos de la antigüedad tardía (siglo III). El imperio romano seguía su rumbo bajo dos formas esenciales: por un lado su forma cívico-estatal continuaba bajo la forma del Imperio romano oriental, cuya capital *Constantinopolis* no había sucumbido aún a los embates de las invasiones de bárbaros como sucedió con la sección occidental. Pero en aquel lado del mediterráneo el Imperio había adquirido otra forma: la Iglesia católica romana, a la cual se le atribuye en parte la caída del imperio occidental. Esta agrupación de feligreses, con el tiempo, pasó a fusionarse con la estructura imperial romana a través de la conversión de su clase política, dando como resultado el establecimiento final de las dos llaves que controla el papa desde el asiento de San Pedro en Roma: la llave espiritual y la llave temporal. Podría decirse que de ésta simbiosis se constituyó una nueva forma imperial occidental: el papado romano, nueva expresión del imperialismo universalista romano.

Asimismo, la rivalidad entre grandes poderes tampoco había cambiado, aún persistía el gran enfrentamiento entre la Nueva Roma (Constantinopla) y Ctesifonte, la capital del imperio persa de los Sassánidas. Y por efecto de este inmutable estado de cosas, ambas fuerzas continuaban machacándose y relacionándose a través de los siglos.

Y es debido a este eterno enfrentamiento, que la amenaza que se gestaba en el desierto y en las ciudades comerciales de la Arabia no fue percibida por estos grandes contendientes. Pero ahí estaban, agitándose en las arenas, entre sus tiendas y entre las ciudades y las rutas caravaneras, allí esperaban la llegada de la guía que los lanzara contra el mundo. Sin embargo, “En aquellos años los árabes eran una multitud de tribus nómadas politeístas, que no raramente chocaban violentamente entre ellos”<sup>1</sup>, situación que no servía en nada a las posibilidades de conformar un gran grupo unido y coherente.

Por otro lado, no todas las tribus árabes eran similares entre sí, pues la parte norte y central de la península “estaba dominada por beduinos nómadas que presentan considerables diferencias respecto a los sudarábigos”<sup>2</sup>. En estos grupos nómadas y poco sedentarizados predominaban la tribu o el grupo, su lengua era el árabe (lengua que finalmente se impondría sobre toda Arabia) y su forma de vida dependía de sus rebaños, del pillaje y del comercio de caravanas. Por otro lado, los árabes del sur, específicamente del borde occidental de la península, se caracterizaban principalmente por su vida sedentaria de ciudades y por dedicarse principalmente a actividades relacionadas con el comercio. “En el terreno religioso los

---

<sup>1</sup> Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros [editor], *Bizancio: arte y espíritu*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1995, pág. 48.

<sup>2</sup> Robert Manrtan, *La expansión musulmana (siglos VII al XI)*, Barcelona, Editorial Labor, 1973, pág. 9.  
Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial. ©

árabes del sur adoraban a diosas que personificaban los planetas y a los que consagraban templos y santuarios [...]”<sup>3</sup>.

Pero así como señala Robert Mantran: “Arabia no era un mundo cerrado y aislado. No sólo era recorrida por caravanas, que establecían contactos con las religiones limítrofes de Palestina o de la baja Mesopotamia, sino que sufrió también influencias exteriores, helenísticas, persas e hindúes, traídas por mercaderes o por expediciones militares”<sup>4</sup>. Situación que nos sirve para explicar la transformación social, política y religiosa que llegaría a transformar el mundo mediterráneo, a través de las influencias externas que pudieron haber convergido en la creación del mensaje coránico. Por otro lado, nos sirve para demostrar que el mundo “exterior” no era algo totalmente desconocido para los habitantes de Arabia.

Sea como haya sido el origen del islam, los árabes, posterior a la muerte de *Muhammad*, único profeta de *Allāh*, se lanzaron contra el mundo más allá de la península. Pero estos invasores no eran nada parecido a lo que antes se había visto, pues como sostiene Henri Pirenne: “No son, como los germanos, emigrantes que arrastran tras ellos mujeres, niños, esclavos y ganado; sino jinetes habituados desde la infancia a las algaras y a quienes Alá obliga a lanzarse en su nombre a la depredación del Universo”<sup>5</sup>.

En la visión de estos jinetes nómadas que avanzan sobre el mundo, conociéndolo y conquistándolo, así como escuchando noticias, cuentos de legendarias ciudades, ricas y poderosas, el mundo será un gran reto para sus corceles, su brazo armado y la voluntad de *Allāh*. Y a pesar de que todo el mundo estaba a disposición de estos tres elementos, “su gran sueño seguía siendo la capital de Bizancio. Dos veces se atrevieron a sitiar Constantinopla y las dos veces fracasaron”<sup>6</sup>. Y a pesar de éste fracaso, lograron poner a sus pies a grandes extensiones del mundo conocido. “Y todo ello es obra de un pueblo de nómadas, hasta entonces desconocido en sus desiertos pedregosos, despreciado por todos los conquistadores y con muchos menos habitantes que la Germania”<sup>7</sup>.

Es misión del presente informe exponer, de la forma más clara, el proceso por el cual los jinetes del desierto arábigo salieron de su península a conquistar y convertir al mundo, así como los dos intentos de apoderarse de la Nueva Roma: la Nueva Ciudad Eterna.

### **Bizancio y Persia: una historia sin fin**

Como antes se mencionó, entre estas dos superpotencias de la época (Roma/Bizancio y los Sassánidas) se desencadenó una lucha titánica. Este combate se realizaba, entre otros, en el plano ideológico, por la supremacía que cada una argumentaba poseer sobre un mundo en tinieblas, el cual

<sup>3</sup> Robert Mantran, *Op. cit.*, pág. 10.

<sup>4</sup> Robert Mantran, *Op. cit.*, pág. 11.

<sup>5</sup> Henri Pirenne, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, pág. 35.

<sup>6</sup> Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, *Op.cit.*, pág. 48.

<sup>7</sup> Henri Pirenne, *Op.cit.*, pág. 35.

estaba poblado por bárbaros<sup>8</sup>, ante el cual cumplían la misión de luminarias de la civilización. Es en este sentido donde las políticas imperialistas de ambas fuerzas chocaban geográficamente en la zona comprendida entre la franja Siro-Palestina, la Armenia, la Atropatena y la Mesopotamia.

Una vez que el centro de gravedad del poder romano se traslada a *Constantinopolis*, cayendo más tarde la sección occidental del imperio a manos de las oleadas migratorias germanas, la pugna entre ambas fuerzas toma un carácter de una lucha bizantino-persa. En este sentido, cabe señalar que “El imperio bizantino con su capital, Constantinopla, era griego y cristiano en cultura y religión y todavía en gran parte romano en su administración”<sup>9</sup>.

Por su lado, el Imperio Persa vivía desde la coronación de los Sassánidas una era de renacimiento, pues esta dinastía había conseguido acrecentar el poderío y extender la esfera de influencia del imperio. De esta manera, es debido al empoderamiento persa que el imperio romano comenzará a tener dificultades durante la antigüedad tardía (siglos III al V d.C.) con la mantención de sus fronteras orientales. Asimismo será un serio problema desde comienzos del siglo VII para el imperio Bizantino que se verá amenazado por las fuerzas persas, debido al golpe de Estado que Nicéforo Focas realizará contra el emperador Mauricio para llegar al poder en el año 602 y que el *Sah* de Persia Cosroes II utilizará como excusa para terminar la paz pactada con el emperador destronado.

A causa de ello, “entre 602 y 628 se libró la última serie de guerras perso-bizantinas. Terminaron en una victoria bizantina, pero dejaron agotadas a ambas partes y debilitadas frente al peligro insospechado, a punto de estallar, procedente del desierto arábigo”<sup>10</sup>. Pero fue gracias a esto que el imperio bizantino había logrado restablecer su unidad y estabilidad interna<sup>11</sup>. Este logro, en su mayor parte, se debe a la aparición de Heraclio, exarca de Cartago, quien después de deponer a Focas organizó las fuerzas bizantinas y las utilizó hábilmente para oponerlas al avance de los guerreros ávaros en los Balcanes e incluso en las puertas de Constantinopla y a las fuerzas persas que ya se habían introducido en el imperio ganando para sí ciudades tan importantes para la fe cristiana como Jerusalén.

Al fin, con la victoria de las armas bizantinas “el ‘problema oriental’ parecía definitivamente resuelto. La frontera más peligrosa del Imperio estaba asegurada”<sup>12</sup>. Pero esta victoria había sido terriblemente pírrica pues había acabado con ambos bandos, “la concentración militar y el agotamiento moral de los adversarios, que culminó con el dualismo entre Bizancio y los persas, impidieron que ambos pudiesen reconocer a tiempo la transformación que a sus espaldas sufría el mundo”<sup>13</sup>. Pero cabe señalar que aparte de la distracción que en ambos bandos ocasionaba el mutuo y titánico enfrentamiento, quizás

<sup>8</sup> Louis Bréhier, *El Mundo Bizantino. Las instituciones del Imperio bizantino*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1956, pág. 249.

<sup>9</sup> Bernard Lewis, *Los árabes en la historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956, pág. 62.

<sup>10</sup> Bernard Lewis, *Op. cit.*, pág.63.

<sup>11</sup> Karl Roth, *Historia del Imperio Bizantino*, Tomo I, Barcelona, Editorial Labor, 1943, pág. 42.

<sup>12</sup> Franz Georg Maier [compilador], *Bizancio*, serie “Historia Universal Siglo veintiuno”, México, Siglo Veintiuno Editores, 1991, pág. 71.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

para el Imperio Bizantino significó una ceguera fatal el verse coronado por la victoria, pues al sentirse en la cima del mundo pudo haber tendido a despreciar la capacidad de cualquier otro pueblo de hacerle frente. Este imperio, seguro de sí mismo, se “durmió en sus laureles”, haciendo caso omiso de todo enemigo que pudiera estar creciendo y desarrollando nuevas maneras de expresar su poderío. Este nuevo peligro vendría desde los desiertos de Arabia, la tierra de la cual nadie esperaba nada. Precisamente es el peligro más terrible aquel que no se espera, pues sorprende desprevenidos a todos y arremete antes que se pueda siquiera saber desde donde llegó el golpe.

Es gracias a los conflictos eternos suscitados entre persas y romanos, que acarrearón una atención casi exclusiva entre ambos adversarios, que el atomizado mundo árabe consiguió encaminarse paulatinamente a la organización de una fuerza que con el paso de los años se demostraría imparable. Y no solamente en sus desiertos natales, sino en todo terreno que se le ponía delante, incluso el mar del cual solamente habían oído a través de cuentos.

Pero antes de ver la expansión de los árabes islamizados sobre tierras sasánidas y bizantinas, es preciso apreciar el recorrido realizado por estos pueblos hasta llegar al estado de desarrollo que les permitió tales hazañas, pero no tan sólo un recorrido geográfico, sino uno de tipo espiritual, político y social.

### Los árabes en los límites del imperio

Mientras estos sucesos se desarrollaban en los frentes bizantino y persa, en el mundo de la Arabia, las cosas comenzaban a cambiar para siempre, cambios que asimismo cambiarían tremendamente el rumbo que tomaría la humanidad hacia un destino que el victorioso Heraclio nunca imaginó. De hecho y paradójicamente, el mismo año 610 cuando fue coronado Heraclio como Emperador de la sección oriental del Imperio, en la Arabia de los jinetes, un comerciante de la ciudad de la Meca llamado *Muhammad* (Mahoma) recibía las primeras revelaciones de *Allāh*, iniciándose así la misión de la nueva fe de llegar a todos los rincones del mundo conocido.

Pero cabe señalar que, de haberse fijado los romanos en aquellos momentos en la historia que comenzaba a gestarse, no se habrían sorprendido demasiado de los acontecimientos hasta el año 629. ¿Por qué? Esto se explica porque durante los primeros años de la nueva fe, pues el mensaje no fue muy bien recibido por todos quienes oían, de hecho el 20 o 24 de septiembre del 622<sup>14</sup>, *Muhammad* y sus seguidores tuvieron que abandonar la ciudad de la Meca en dirección a Medina, a lo cual siguió posteriormente una serie de batallas y diversos conflictos entre los nuevos fieles y la ciudad de la Meca. Situación no muy preocupante para un imperio que espera venir un golpe de parte de un enemigo visiblemente poderoso y no solo potencialmente amenazador, que hasta entonces sabía de fracasos y luchas entre tribus. Todo

<sup>14</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 262.

cambiaría el año 629 cuando logran imponerse sobre la ciudad de la Meca. De hecho el mismo año se produce el primer enfrentamiento entre los *muslim* (sometidos a la voluntad de *Allāh*) y tropas bizantinas.

Con todo esto mi intención fue demostrar que difícilmente el imperio bizantino podría haberse fijado en lo que pasaba más allá de sus preocupaciones inmediatas, los persas, pues el panorama en la Arabia no era favorable para los convertidos al islam, por lo tanto, no se presentaban como una amenaza a considerar. De hecho, debo agregar que el peligro potencial que los distintos autores aducen al islam y que ni Bizancio ni Ctesifonte pudieron ver, ha sido sucesivamente exagerado, pues debe tenerse en cuenta que las luchas para conquistar el poder que llevó a cabo *Muhammad* y sus fieles, deben haberse visto entonces tan solo como una de las tantas e interminables luchas tribales que se sucedían en la Arabia de los jinetes. Por lo tanto, sostener que la *ŷihād* (esfuerzo máximo por Dios) que los recién conversos realizaban armas en mano, era la muestra del futuro poderío del islam, cuando en realidad para entonces debió ser una de las tantas escaramuzas de las gentes del desierto arábigo, es abusar de nuestra perspectiva temporal y adelantarse a los hechos antes de que estos sucedieran. En otras palabras, sabemos lo que pasará y estamos adelantando conclusiones a partir de lo que sucede el año 629 y que entonces nadie sabía cómo terminaría todo. Esto por lo menos en un primer momento.

Y para seguir sosteniendo la debilidad inicial del movimiento islámico, debo agregar lo postulado por Bernard Lewis, quien sostiene que “La muerte de Mahoma enfrentó a la naciente comunidad musulmana con algo semejante a una crisis constitucional. El Profeta no había tomado medida alguna para su sucesión”<sup>15</sup>. Lo que significa que aparte de los problemas iniciales de la fe, la muerte de *Muhammad* pudo haber terminado con todo en el traste. Pues, y siguiendo con el mismo autor: “para los restantes, la muerte de Mahoma cortó automáticamente sus lazos con Medina, y las tribus recobraron su libertad de acción”<sup>16</sup>.

La pregunta entonces es: “¿Cómo unas tropas de beduinos, poco numerosos, sin tradiciones militares comparables a las de Bizancio, pobremente equipadas, pudieron vencer a ejércitos famosos, ocupar ciudades prestigiosas, crear un nuevo imperio y extender por todo el Próximo Oriente la religión predicada por Mahoma?”<sup>17</sup>. El informe completo se refiere a este proceso de salida de los árabes musulmanes de su tierra natal, y en su conjunto busca, entre otros, explicar el por qué de la pregunta recién formulada.

Pero antes que todo lo anterior, cabe la razonable posibilidad de que debió ser muy difícil para los contemporáneos, en un primer momento, el prever que estas bandas de jinetes del desierto en constante movimiento llegarían a convertirse en una de las superpotencias de la época. Situación que cambiaría más tarde con las victorias de los *muslim* en los primeros combates, los cuales, como señala Mantran, se debieron a que “[...] ni los bizantinos ni los sasánidas creyeron en una amenaza árabe y no concedieron la

<sup>15</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 63.

<sup>16</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 65.

<sup>17</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 39.

importancia merecida a estas expediciones que consideraron incursiones habituales”<sup>18</sup>, cuestión que sostiene mi postura. Pero debe reconocerse además la falta de tacto estratégico y diplomático de los dos grandes imperios que no supieron analizar, ya desencadenada la expansión árabe fuera de la península, los movimientos de población que se encontraban más allá de sus fronteras. En este sentido debo reconocer la postura de los autores, pero sólo después del primer momento de consolidación del islam dentro de Arabia, pues antes de éste momento era, como ya señalé y expliqué, muy difícil prever los resultados de un movimiento que comenzó con ciertas dificultades. Y si al respecto puede aducirse que el cristianismo también tuvo serios problemas en sus inicios, y no tan sólo de persecución sino también de acogida entre las personas, éste tomó su tiempo en desarrollar su poderío posterior. Bajo este mismo modelo de desarrollo religioso, un contemporáneo podría haber pensado que “probablemente la religión de este *Muhammad* en doscientos años ya tendrá suficiente poder como para ser una amenaza”. Nadie podía imaginar, en un primer momento insisto, que en doscientos años los árabes no sólo consolidarían su poder, sino que tendrían a gran parte del mundo conocido bajo su dominio. Nadie podía prever la rapidez que este movimiento expansivo tendría.

Como anteriormente se señaló, a la muerte de *Muhammad* sucedió una crisis muy grande: ¿qué hacer ahora? Principalmente este problema se debía a que el profeta no tan solo era jefe de una religión, sino también de una comunidad, que se había visto descabezada pues el líder no había designado un sucesor. Cabe señalar que “el concepto de sucesión legítima era extraño a los árabes en aquella época, y es probable que si Mahoma hubiera dejado un hijo, la serie de acontecimientos no habrían sido diferentes”<sup>19</sup>. En este caso, los árabes habituados a las organizaciones de tipo tribal sólo tenían un precedente para guiarlos: la elección de un nuevo jefe de tribu. Pero en un primer momento no fue resuelto de esta manera, “La crisis fue resuelta por la acción decisiva de tres hombres: Abū Bakr, ‘Umar y Abū ‘Ubayda, quienes por una especie de golpe de Estado impusieron a Abū Bakr sobre la comunidad como único sucesor del Profeta”<sup>20</sup>. Situación que produjo la desertión y oposición de varios grupos tribales que se opusieron a este hecho, problema que más tarde se resolverá por medio de las armas. De esta manera, a la muerte de *Muhammad*, acaecida en el 632, su sucesor Abū Bakr precisó de dos años para imponer el orden y el islam a los árabes<sup>21</sup>. Mucho menos tiempo del que precisó la iglesia católica romana para imponerse como la principal, sino única, representante de San Pedro, y por tanto de Cristo, en la tierra. ¿Quién iba a poder saberlo?

Como se dijo anteriormente, *Muhammad* fue tanto líder religioso como político, y sus primeros sucesores no se dedicaron a delimitar claramente que atribuciones les competían. Es por ello que asumieron como el profeta, sin cuestionarlo, una autoridad política y militar que en el curso del tiempo

<sup>18</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 40.

<sup>19</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 64.

<sup>20</sup> *Ibidem.*

<sup>21</sup> Fotios Malleros, *El Imperio Bizantino 395-1204*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile, 1987, pág. 151.



llegó a ser una parte esencial del cargo de *jalifa* (califa) o representante de *Muhammad* ante la comunidad, en la tierra<sup>22</sup>.

Entonces, la especie de golpe de Estado que puso al frente de la nueva fe a Abū Bakr ocasionó una división del joven movimiento islámico. Una de las explicaciones es una que ya se mencionó: lo extraño que resultaba a las tribus árabes el concepto de sucesión directa, otra tiene que ver con la traición que puedan haber sentido quienes esperaban que la comunidad escogiera a su nuevo líder espiritual y, por último, otro factor ya mencionado: que al morir el profeta, las tribus que le habían prestado fidelidad sintieron disuelto el vínculo que les unía con la fe, sintiendo que quedaban en libertad. Pero todo esto no significó que el movimiento se desintegrara, pues como ya se ha dicho, Abū Bakr, suegro de Muhammad, y sus seguidores tomaron en sus manos la dirección del grupo, otorgándole la cohesión y coherencia necesaria como para llegar a expandirse con la fuerza y capacidad que más adelante pasaremos a analizar.

Pero antes de pasar a estos temas es interesante discutir sobre la explicación de este poderoso e imparable avance. Como señala Robert Mantran, para explicar este fenómeno existen dos tesis: una religiosa y otra materialista. La primera tiene que ver con el impulso espiritual que el Islam dio a los árabes, que les dio un sentido de comunidad, pertenencia y misión a éstos. Y por otro lado, la tesis que postula una razón materialista, y que es más interesante a mi juicio, busca explicar el poderío musulmán a través de la necesidad que los árabes tenían en su tierra natal, por lo cual el Islam les dio la oportunidad ideal de unirse para conquistar otros territorios y así asegurarse una subsistencia que la Tierra de Arabia les suministraba cada vez menos<sup>23</sup>. Bajo otra óptica, que además se complementa con la tesis materialista, Abū Bakr y luego ‘Umar “dieron a los beduinos –que habían sido pacificados- una salida a sus instintos guerreros; la promesa de un rico botín incitó a las tribus a alistarse bajo el estandarte de los califas”<sup>24</sup>. Visión compartida por más autores como Kurt Frischler, quien sostiene que: “El rumor acerca de tales expediciones de la rapiña se propagaba rápidamente, y en el espacio de unos años acuden a alistarse bajo las banderas del Profeta un número de caballeros mayor del que se necesita”<sup>25</sup>.

Sobre el tema de las motivaciones religiosas, cabe ahondar aun más, pues lo sostenido por Robert Mantran es muy decidor y verosímil: “Este sentimiento religioso proporcionó al ejército árabe una cohesión complementaria que le permitió vencer a sus adversarios que, por el contrario, eran débiles y estaban desunidos”<sup>26</sup>. Diferencia que más adelante pasaremos a analizar.

Pero pertinente es mencionar a continuación que, mientras que los germanos, por ejemplo, abandonaron su religión por el cristianismo una vez introducidos en territorio romano y fraternizado con

---

<sup>22</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 65.

<sup>23</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 39.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> Kurt Frischler, *Historia de las armas prodigiosas. Del pedernal a la bomba atómica*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1969, pág. 192.

<sup>26</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 40.

ellos, los musulmanes fueron siempre fieles a la suya<sup>27</sup>, no abandonándola por otras creencias a pesar de que a medida que avanzaban, asimismo se adentraban en esferas de influencia de pensamientos religiosos tan poderosos como el Cristianismo (Bizancio) y Zoroastrismo (Persia), lo cual habla muy bien de su unidad y fidelidad religiosa.

Por otro lado, y no menos importante, está la explicación que atribuye el poderío árabe musulmán al beneficio de que las fuerzas poseyeran generales-jefes tan brillantes como Jālid ibn al Walīd, Mu‘āwiya y ‘Amr ibn al-‘Ās, lo cual realza el valor directo de los jinetes del desierto y no tan solo dejando la explicación de su fuerza a factores externos o circunstanciales que escapaban a sus propias capacidades.

De ésta manera podemos ver que el ejército árabe-musulmán se encontraba apto para realizar la misión encomendada por *Allāh*, de expandir el nuevo mensaje a todos los infieles. Pero primero debía consolidarse la fe dentro de las tribus árabes. Esto se llevó a cabo primeramente gracias a las guerras de la *Ridda* contra las tribus beduinas que intentaron la secesión posterior a la ascensión de Abū Bakr como líder del islamismo. Pero sucedió que con el tiempo estas guerras de fe terminaron convirtiéndose en guerras de conquista, que llevaron a las fuerzas de *Allāh* a los límites de la Arabia de los jinetes. Pero esta ya es la frontera del mundo árabe, así como de este capítulo. Lo que se encuentra más allá de esta, así como las cosas que suceden allí son parte de lo que discutiremos a continuación.

Tan sólo adelantemos que, “las primeras expediciones al Norte fueron meramente partidas de asalto, cuya finalidad era el saqueo y no la conquista. Ésta tuvo lugar cuando fue revelada la debilidad del enemigo”<sup>28</sup>.

### **Musulmanes y bizantinos:**

#### **Inicia el interminable conflicto**

##### *Primera expansión*

La historia que inicia para el mundo bizantino con relación al islamismo, está caracterizada por un estado dificultoso para este primero. Primeramente debemos tomar en cuenta el estado reinante de alteración del imperio como consecuencia de los conflictos suscitados entre éste y el Imperio persa de los Sassánidas. Por otro lado, el mismo imperio se encontraba en un estado de desorden interno como consecuencia de la funesta administración de Nicéforo Focas y no debe olvidarse la amenaza ávara y las tribus movilizadas por ellos que significó una formidable amenaza en los Balcanes<sup>29</sup>. De hecho, si es por

---

<sup>27</sup> Henri Pirenne, *Op.cit.*, pág. 36.

<sup>28</sup> Edward Lewis, *Op.cit.*, pág. 66.

<sup>29</sup> Héctor Herrera Cajas, *Dimensiones de la cultura bizantina. Arte Poder y Legado Histórico*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” Universidad de Chile, 1998, pág. 76.

ponerse más pesimistas, con un leve tono siniestro podríamos sostener, como expone Franz Georg Maier que “el año 622 había sido un momento de doble crisis: la contraofensiva bizantina comenzó en el año de la hégira”<sup>30</sup>. Por decirlo de alguna manera, de haber sabido lo que ocurriría, el Imperio Bizantino estaba trabajando contra el tiempo para asegurar su situación antes del golpe musulmán. Pero volviendo al tema, este era un periodo malo para Bizancio, pues sus finanzas se habían inclinado negativamente, la disciplina militar se había relajado, persistía el conflicto religioso con los monofisitas y la oposición política interior<sup>31</sup>.

Como he dicho reiteradamente, el Imperio Bizantino se encontraba imposibilitado de prever cual sería el resultado de las luchas al interior de la Arabia en un primer momento, y no fue capaz de adelantarse a los hechos una vez que el conflicto estuvo generalizado dentro de la península. Ahondar en esto es innecesario, pero todos los problemas más arriba mencionados lo explican suficientemente. Y fue en medio de este clima de dificultades para el Imperio que “Abu Bekr, el sucesor de Mahoma, preparaba ya la guerra contra Persia y Bizancio. Heraclio no estaba preparado para esta guerra y por eso Bostra y Gaza cayeron en poder de los árabes y los bizantinos sufrieron una completa derrota a orillas del río Yermuk [...]”<sup>32</sup>. Y esta ceguez producida tanto por el cansancio de las guerras contra Persia, así como la costumbre de encontrar las amenazas sólo en los lugares posibles o tradicionales, le costó al imperio siglos de desgastante lucha haciendo siempre lo mismo, siempre las mismas maneras de atacar y de defenderse”<sup>33</sup>.

Las primeras acciones de las fuerzas del Islam, fuera de Arabia, se dirigieron hacia la Mesopotamia sasánida el 633, la cual fue rápidamente conquistada recibiendo el nombre desde entonces de Irak. Debe señalarse que la rápida victoria sobre los Sassánidas se debió en parte al estado de debilidad del Imperio posterior a las guerras contra Bizancio, al caos reinante en las esferas de poder (entre 629 y 632 en el cual se sucedieron ocho soberanos<sup>34</sup>) y al apoyo brindado por la población nativa cansada del dominio persa. Tomada la ciudad de Ctesifonte y huido Yazdeged III con lo que le quedaba de sus fuerzas, la Mesopotamia persa desde entonces era árabe, era el año de 642.

Después de esto, los jinetes del desierto se lanzaron contra las provincias bizantinas de Palestina y Siria. “Como en los casos de Irak y Persia, ésta tuvo sus orígenes en una acción local prolongada por parte de los musulmanes y se vio facilitada por la debilidad del Imperio bizantino”<sup>35</sup>. Esta debilidad estaba principalmente representada por el malestar general de las poblaciones contra el Imperio debido a las excesivas cargas impositivas y, principalmente, a la persecución religiosa que la ortodoxia cristiana de Constantinopla llevaba a cabo. Sin embargo, debo precisar que a pesar de que mi exposición aparezca

---

<sup>30</sup> Franz Georg Maier, *Op.cit.*, pág. 71.

<sup>31</sup> Franz Georg Maier, *Op. cit.*, pág. 70.

<sup>32</sup> Karl Roth, *Op.cit.*, pág. 42.

<sup>33</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 194.

<sup>34</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 40.

<sup>35</sup> Robert Mantran, *Op. cit.*, pág. 41.

como una consecución de hechos, en realidad no fue así, pues las conquistas de Irak, Siria y Egipto fueron simultáneas y entrelazadas, no sucesivas<sup>36</sup>. Y es “esta vertiginosa expansión, realizada en tan corto tiempo y a expensas de Estados en apariencia tan poderosos, sorprendió a los propios protagonistas de las conquistas, y todavía nos sigue pareciendo algo extraordinario y casi ‘milagroso’ ”<sup>37</sup>.

El primer enfrentamiento armado entre árabes y bizantinos se produjo el año 629 en Jordania superior y terminó con el fracaso de los musulmanes. Pero esto no fue el fin, y hasta este momento podría pensarse que los bizantinos tuvieron su última advertencia, lo que vendría después no se detendría hasta cambiar gran parte de la faz del mundo conocido hasta entonces. El 633, un año después de la muerte de *Muhammad*, inician el ataque cuando Abū Bakr envía pequeñas columnas hacia Palestina, el patriarca Sergio, gobernador de la provincia de Cesarea, intentó dos veces detenerlos, pero fue dos veces vencido y muerto en el último combate. “Pero el choque definitivo no tuvo lugar hasta finales de julio de 634 entre un nutrido ejército bizantino y las tropas árabes mandadas por Jālid, en Aġnadayn, cerca de Ramleh: Jālid derrotó completamente a los griegos, lo que le permitió ocupar Palestina, con excepción de Jerusalén y Cesarea”<sup>38</sup>. Podría decirse que esto llamo definitivamente a la precaución a los bizantinos, pues Heraclio, *Bassileus* del Imperio, reunió el año siguiente un poderoso ejército conformado principalmente por armenios. Así y “sorprendidos por fuerzas muy superiores, los árabes se retiraron a Damasco y se concentraron en el río Yarmuk [...]”<sup>39</sup>, fue en este lugar donde en 636 libraron su más grande batalla, al sur del río Tiberiades. En esta batalla los bizantinos fueron totalmente derrotados, lo cual fue favorecido por la rebelión de los armenios que constituían el grueso de las fuerzas. Con esto se reemprendió el avance musulmán, que culminó con la toma de Jerusalén en 638, lugar donde el *Jalifa* ‘Umar fue a rezar, y con la caída de Cesarea en 640, suceso con el cual culminó la conquista de Siria.

Mientras tanto en la provincia bizantina de Egipto, la fuerza invasora también se desplegó con la misma fuerza y, como se dijo anteriormente, simultáneamente. “En el caso de Egipto, la situación presentaba idénticas características que en Siria. Allí también Bizancio inspiraba grande odio a los monofisitas egipcios, los cuales, en realidad, nunca recibieron buen gobierno del Imperio, interesado tan sólo en el trigo del país y en cobrar impuestos”<sup>40</sup>. Por otro lado, una debilidad que se agregaba a la lista, era el que esta región no poseía una organización militar unificada. En una segunda perspectiva, y “según la tradición árabe, la invasión de Egipto comenzó –contra la voluntad del califa- como una expresión de resentimiento por ‘Amr ibn al- Ās, por haber prescindido de él en Siria”<sup>41</sup>. Sea como fuere, el 12 de diciembre de 639 llegó ‘Amr a la población fronteriza egipcia de Al-Ariš con una fuerza de 3.000 jinetes yemeníes. Debo insistir en el hecho de que la provincia era víctima de profundas disensiones, así pues la

<sup>36</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 66.

<sup>37</sup> Salvador Claramunt, *et.al.*, *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Editorial Ariel, 1992, pág. 55.

<sup>38</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 42.

<sup>39</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 67.

<sup>40</sup> Fotios Malleros, *Op.cit.*, pág. 152.

<sup>41</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 68.

llegada de los árabes fue, como en Siria, acogida favorablemente<sup>42</sup>. De esta manera se apoderó de la Pelusa, actual Faramā, y luego marchó hacia la fortaleza bizantina de Babilonia, que capituló en abril del 641.

Pero es precisamente en este año cuando las cosas empeoran para el Imperio, pues el 11 de febrero del año 641 el *Bassileus* Heraclio muere. Este acontecimiento es de gran importancia, pues “el gobierno bizantino, en plena lucha intestina después de la muerte de Heraclio, no pudo enviar tropas de socorro a Egipto”<sup>43</sup>. Con lo cual la situación se empeora en las tierras del Nilo, que quedan a merced del conquistador musulmán. Es por ello que al año siguiente, y a pesar de la encarnizada resistencia de sus defensores, la ciudad de Alejandría terminó siendo entregada por el patriarca copto a ‘Amr ibn al- Ās. Sin embargo, “un intento griego de reconquista desde el mar, en 645, terminó en un éxito temporal, pero fue anulado en el año siguiente”<sup>44</sup>. Sobre este acontecimiento, surge el mito del incendio de la famosísima Biblioteca de Alejandría, la cual sufriría este destino a causa de la orden del *Jalifa* quien arguyendo que si en los libros que contenía ésta no había nada que estuviese en el Corán, entonces debía ser destruida<sup>45</sup>. Pero como señala Bernard Lewis: “La investigación moderna ha demostrado ser esta historia completamente infundada. Ninguna de las primitivas crónicas, ni siquiera las cristianas hacen referencia a este cuento [...]”<sup>46</sup>. De hecho se postula que probablemente hayan sido los mismos cristianos que por algún motivo cometieron esta lamentable fechoría.

Esta invasión es de suma importancia para la historia árabe, pues como sostiene Robert Mantran: “Con la conquista de Egipto terminó la primera fase de la expansión musulmana”<sup>47</sup>.

Sin embargo, comenzó a darse un fenómeno de expansión o más bien hostigamiento, el cual nadie pudo imaginar, y por lo tanto tampoco pudo predecir. Cosa increíble, viniendo de pueblos habituados a montar sus corceles y atacar a la carga, los árabes se hicieron a la mar. La primera incursión marítima de la que se tiene memoria es la realizada en 649 contra la isla de Chipre, donde sucede un desembarco. Pero los intentos no quedaron en eso, pues aprovechándose de las ventajas otorgadas por la debilidad del Imperio Bizantino y la sorpresa de que estos iniciaran incursiones marítimas, lanzaron un ataque contra la Isla de Rodas en 654, donde encontró fin una de las siete maravillas del mundo antiguo conocida como el Coloso de Rodas. Sobre esto cabe aclarar que el coloso ya estaba en un estado deplorable, como consecuencia de un terremoto en 233 a. de C. que lo había echado por suelo, pero los habitantes de la isla por seguir los designios de un oráculo dejaron los restos allí mismo. Igual deferencia no tuvieron los musulmanes que al invadir la isla se apoderaron de los restos del Coloso, los cuales fueron vendidos a un mercader.

---

<sup>42</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 43.

<sup>43</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 43.

<sup>44</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 69.

<sup>45</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 69.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> Robert Mantran, *Op.cit.*, pág. 43.

Analizando la historia de los primeros cuatro *Jalifas*, conocidos como los cuatro Califas ortodoxos, se puede encontrar una buena explicación para el alto sufrido en la expansión musulmana. Pues si bien Abū Bakr, ‘Umar y ‘Uṭmān se sucedieron sin muchos problemas, al ascender Alī al cargo máximo de la fe, comenzaron los conflictos dentro del mundo musulmán. Durante el verano boreal se sucedieron una serie de rebeliones, como las de ‘Ayša, Talha y Zubayr<sup>48</sup> en 656. Asimismo Alī debe abandonar Medina, Mu‘āwiya se revela en Siria contra éste en 657 y luego reconocido allí mismo como *Jalifa* en 658, acto seguido Mu‘āwiya toma Egipto el mismo año. De esta manera, si analizamos las revueltas y luchas por el poder dentro del mundo musulmán, no es extraño que las invasiones se detengan durante algún período, y asimismo es menos extraño aún el hecho de que al año siguiente que Mu‘āwiya sea proclamado *Jalifa* en Siria y además tome Egipto, se firme un tratado de paz entre bizantinos y musulmanes en 659. Como salvados por Dios, los bizantinos ganaron algún tiempo para poner sus asuntos en orden y comenzar a caer en la cuenta de los efectos de la tormenta del desierto que sufrieron durante 30 años.

### *Segunda expansión*

Lamentablemente, para Bizancio, el orden se restableció entre los fieles al islam y los territorios ocupados por estos. Cuestión encarnada en el ascenso de Mu‘āwiya al califato en 661.

La historia de los primeros encuentros entre árabes musulmanes y el Imperio Bizantino, no sólo estuvo caracterizado por la agresión de los jinetes del desierto contra el Imperio romano de oriente, sino que además contó con la amenaza de una serie de otros pueblos, como por ejemplo los búlgaros en los Balcanes. Pero “los más activos e impetuosos eran los árabes, que dueños de los puertos fenicios, pronto se hicieron corsarios atrevidísimos [...]”<sup>49</sup>, que como ya dijimos, se habían hecho a la mar. Pero no sólo para realizar conquistas, sino para adaptar las cabalgadas de saqueo en el medio marino: se convirtieron en piratas del Mediterráneo.

Asumida la autoridad de *Jalifa* por Mu‘āwiya, éste “quería apoderarse de todas maneras del Imperio bizantino y envió una escuadra al mando de Abderrahaman para conquistar a Constantinopla”<sup>50</sup>. Pero antes de la acción, debía existir la idea, y ésta arrancaba de Mu‘āwiya quien “sabía que Bizancio no podía ser tomada desde el oeste, desde el lado de tierra; sus muros, que aun hoy representan una construcción impresionante, solo ocho siglos más tarde, en el año 1453, con ayuda de pesados cañones, pudieron ser convertidas en ruinas”<sup>51</sup>. Consciente de que era prácticamente un suicidio lanzarse contra los poderosos muros de la Nueva Roma y puesto que la línea de los montes Tauro parecían en sí mismos

<sup>48</sup> Robert Mantran, *Op. cit.*, pág. 262.

<sup>49</sup> G. F. Hertzberg, “El imperio Bizantino y los turcos”, en *Historia Universal*, Tomo decimotercero, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1918

<sup>50</sup> Karl Roth, *Op.cit.*, pág. 47.

<sup>51</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 193.

inexpugnables<sup>52</sup>, Mu'āwiya encontró la solución al problema en la construcción de una flota árabe y lanzarla contra el centro mismo del poder bizantino. Pero cuando en Constantinopla se escuchaban estas noticias, “Los oficiales marinos griegos se echaban a reír cuando alguien les decía que el califa estaba entrenando a sus beduinos y quería convertirlos en navegantes”<sup>53</sup>. Tan inverosímil parecía la idea de que unos jinetes más habituados a las riendas y a montar, tomaran jarcias y timón para lanzarse por mar a la conquista de Bizancio. Pero así fue, y entonces nadie rió.

Todo comenzó cuando acabada finalmente la conquista de Egipto, el norte de África y Trípoli, Mu'āwiya decidió lanzarse ferozmente contra las islas del Egeo. El precipitado emperador Constante II se lanza al combate naval contra los musulmanes del cual resulta destruida una poderosa flota bizantina, viéndose el emperador en la necesidad de huir hacia la capital<sup>54</sup>. Los árabes, que por lo general solían volver a su patria a pasar el invierno, envalentonados con la victoria, ocupan algunas bases del Asia Menor y las convierten en puertos de invierno. Con esto se inicia la campaña de Constantinopla.

La primera expedición contra Constantinopla, en 668, pretendía de hecho apoyar al estratega Saborios de Armenia que se había sublevado contra Bizancio, pero los árabes llegaron a Calcedonia después de la muerte de Saborios y los combates no tuvieron mayor relevancia. Pero una segunda serie de expediciones tuvo lugar de 674 a 680, o sea durante siete años. Fue durante esta expedición que se utilizó las fuerzas combinadas de los ataques por tierra y por mar contra la ciudad sitiada de Constantinopla. Y como si no fuese suficiente, “desde Damasco son enviados hacia la costa griega septentrional mensajeros cargados con ricos presentes. Llevan el encargo de despertar a las salvajes tribus eslavas meridionales y persuadirlas a que emprendan una guerra de pillaje contra Salónica, y si es posible, también contra Bizancio”<sup>55</sup>. Cuestión que efectivamente sucedió, viéndose la ciudad sitiada desde dos frentes. Sin embargo durante este asedio de siete años, las cosas no saldrían tan bien para los atacantes, o por lo menos se llevaron a sus casas la marca permanente del susto de sus vidas.

### **El fuego griego salva a Bizancio**

Si bien Constante II no fue un connotado emperador, y su gobierno se caracterizó por lo precipitado de sus decisiones y sus derrotas sucesivas en el campo militar, su hijo Constantino VI se destacó por ser un gran líder.

“Hacia el año 670, le fue presentado al emperador un ingeniero llamado Calínico, que había huido de los árabes de Heliópolis. El soberano de veinte años y el ingeniero de treinta y cinco se entendieron de

---

<sup>52</sup> Franz Georg Maier, *Op.cit.*, pág. 72.

<sup>53</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 193.

<sup>54</sup> Kurt Frischler, *Op. cit.*, pág. 194.

<sup>55</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 196.

las mil maravillas”<sup>56</sup>. Lazo que se estrechó aun más cuando, sorprendido el Emperador, presenció en el laboratorio del griego las pruebas de lo que sería la salvación de la ciudad de las manos de los enemigos que la cercaban. Pues a partir del fin de la tregua, “Esta segunda expansión islámica fue igualmente espectacular: fundación de Qairuan y conquista de Cartago (695) y de la España visigoda (711). Al mismo tiempo, se inició el acoso al Imperio bizantino, cuya capital, Constantinopla, fue asediada, sin éxito, en varias ocasiones entre 674 y 718”<sup>57</sup>. Pero no sólo amenazaban los árabes desde el oriente, sino que desde el occidente, los eslavos excitados por éstos se lanzaban igualmente al ataque contra el Imperio.

Ciertamente en Bizancio no podía predecir el despliegue e intensidad del sitio que vendría a instalarse al pie de sus muros, pero igualmente cierto es que, gracias a la diplomacia y a la información, esta ciudad se encontraba enterada de los preparativos de lo que se vendría. Por ello no debe parecer raro que Constantino VI viera con alegría lo que este científico griego creaba en sus laboratorios. De lo que estamos hablando es del arma conocida como “el fuego griego”, arma inflamable tan temible como original, de cual pasaremos a hablar a continuación.

El entendimiento entre el Emperador y el científico fue tal, que de inmediato “dióse la orden de que se pusiera a disposición de Calínico todos los obreros y todo el material que le hiciese falta, por mucho que se necesitasen en otro lugar, y sin reparar en gastos”<sup>58</sup>. Por cierto que el secreto de la preparación de esta sustancia fue bien guardado por los bizantinos, como un secreto de Estado, del cual dependía, y de hecho así fue, la supervivencia del Imperio. Y tan bien fue guardado el secreto, que hoy es difícil precisar cuál era la composición exacta de esta sustancia. Lo cierto es que por relatos y crónicas de la época es preciso apreciar los efectos de ésta. Y aunque no se sepa el cómo está hecho, los investigadores modernos han llegado a suponer que la mezcla se basaba principalmente en la mezcla de azufre, resina, brea o petróleo, cal y al parecer miel, lo que le permitía arder aun sobre el agua. El problema es precisar que cantidades de cada cosa debía utilizarse. Pero el punto de esta investigación no es aclarar esta duda, sino introducir este invento en un relato histórico.

Ya mencionamos que el encuentro de Calínico y Constantino VI se realizó más menos en 670. El científico precisó de cinco años para tener lista la primera prueba de su mortal invento. “Pero alrededor del año 675, evidentemente después de que hubo organizado para el emperador una ‘sesión de prueba’, obtuvo de éste el permiso, [...], de emplearla en pequeñísima escala en un combate auténtico contra los eslavos ante Salónica y contra los árabes ante Bizancio, con objeto de poder estudiar cualesquiera deficiencias en la fabricación y en el manejo”<sup>59</sup>. De estos ataques de prueba resultó, aparte del horror de los eslavos y árabes afectados, una respuesta de no mucha sorpresa de parte de los musulmanes, en parte debido a algunas imperfecciones técnicas de la nueva arma. Estas correspondían a un dispositivo más

---

<sup>56</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 195.

<sup>57</sup> Salvador Claramunt, *et.al.*, *Op.cit.*, pág. 56.

<sup>58</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 197.

<sup>59</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 198.



seguro de ignición y un aparato de puntería. Estas dos cosas el científico logró realizarlas antes de comenzar el invierno 677 a 678.

Por otro lado, “el año 677 había resultado para los árabes sumamente desfavorable. Los eslavos habían sido derrotados definitivamente ante Salónica”<sup>60</sup>, por otro lado la sequía y las plagas de langostas habían mermado sus cosechas y una sublevación de bereberes en Túnez inquietaron al *Jalifa* Mu‘āwiya. Pero éste, por otro lado, deseaba conquistar a toda costa Constantinopla para asegurar su autoridad y poder, así como la de su hijo que aspiraba a dejar como sucesor del califato, en un ambiente que se volvía cada vez más inestable debido a la inconstancia de sus vasallos. Tenía que terminar la conquista que había iniciado hace cinco años ya, cuando “en 673 Mohawiyah envió una poderosa escuadra a sitiar Constantinopla. El acoso se realizaba durante los meses de verano y en invierno la flota árabe permanecía en Cízico”<sup>61</sup>. El ataque principal debía de producirse a fines de la primavera boreal (junio).

Pero en el bando bizantino se fraguaban otros planes. “Un último ejercicio de disparo, mantenido en riguroso secreto, [...], y la flota bizantina, que desde su derrota bajo el emperador Constante II volvía a ser por primera vez ofensiva, salió del Cuerno de Oro, dirigiéndose hacia los cuarteles de invierno que los árabes tenían en la costa del Asia Menor”<sup>62</sup>. Bizancio se adelantaba a la ofensiva musulmana, yendo éstos a buscar la pelea. De hecho, según se cuenta en posteriores leyendas bizantinas, el inventor en persona lideraba la flota incendiaria.

Ya visualizado el objetivo final, se dieron las órdenes de proceder al ataque sin esperar siquiera a las maniobras del enemigo. Y cuando los brulotes se encontraron a la distancia adecuada para atacar, entonces abrieron las puertas del infierno. “Los árabes desorientados, echaban agua a las partes encendidas, y huían de allí lanzando gritos, locos de espanto, porque se habían dado cuenta de que aquel fuego no podía apagarse con agua”<sup>63</sup>. De hecho, las tripulaciones de las naves musulmanas, obligadas a continuar peleando y presas del pánico, asesinaban a sus capitanes para así conseguir huir<sup>64</sup>. En aquella batalla, no se tomaron prisioneros, pues cinco años de asedio, cinco años de esperar, cinco años de privaciones y temores, razonablemente pudieron haber acumulado en los corazones de los bizantinos un exceso de odio y rencor. Luego de ello, se levantó una tempestad que acabó con los restos de la flota árabe y obligó a los griegos a volver a sus puertos.

Como resultado de la utilización de ésta arma, y como sostiene G. F. Hertzberg: “Entretanto se fueron cansando los árabes que sitiaban a Constantinopla, cuyos defensores destruían sus escuadras y les habían causado ya 30.000 bajas en 678, por lo cual renunciaron a su empeño”<sup>65</sup>. Mu‘āwiya había jugado su última carta en su ataque final, pero fracasó ante un arma novedosa la cual nunca se esperó apareciera.

<sup>60</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 199.

<sup>61</sup> Fotios Malleros, *Op.cit.*, pág. 159.

<sup>62</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 200.

<sup>63</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 201.

<sup>64</sup> *Ibidem*.

<sup>65</sup> G. F. Hertzberg, *Op.cit.*, pág. 45.

Y no sólo ello, sino que al renunciar a su intento y retirarse, el ejército sucumbió casi por completo en el camino y su escuadra fue destruida por una tempestad en el camino. Esta gran victoria, en parte gracias al “fuego griego”, sumado a las incursiones violentas de los mardaítas al interior del territorio árabe, obligaron al anciano *Jalifa* a firmar una paz con Constantinopla.

Luego de Mu‘āwiya, y posterior a una serie de conflictos por el califato, se hizo cargo de la comunidad musulmana “Abd-el-melic, que reinó desde el año 685 hasta 705. A pesar de ser este califa en extremo tenaz y enérgico, se vio tan ocupado al principio de su reinado con la espantosa anarquía interior de sus Estados que para no verse molestado por la corte de Constantinopla compró la paz por un tributo anual muy crecido”<sup>66</sup>.

Mientras tanto en Bizancio, fallecía el gran emperador Constantino IV “santo patrono del fuego griego”<sup>67</sup>. Su hijo ascendió en su lugar al trono Imperial con el nombre de Justiniano II. Los historiadores no tienden a hablar muy bien de este personaje. Por ejemplo, nos muestran a un emperador que no respeta el tratado de paz antes mencionado, al enviar a sus fuerzas lideradas por el general Leoncio a luchar contra el enemigo. Por lo cual el *Jalifa* debió firmar una nueva paz en 686. Acuerdo que más tarde se las arregló para despreciar. Es por ello que como expresión del malestar general que se comenzaba a sentir contra este emperador, el general Leoncio al mando de sus fuerzas, le hizo una revolución que terminó por arrojarlo del poder. Pero la situación de inestabilidad no iba a terminar aquí, pues los propios hombres de Leoncio se las arreglaron para asesinarle y luego nombrar como emperador a Tiberio III, originalmente llamado Abismario, jefe de las tropas del sudoeste del Asia Menor<sup>68</sup>. Pero después de casi 7 años de gobierno, las cosas no resultarían fáciles para Tiberio III, pues Justiniano II, quien volviendo del destierro que se le había impuesto después de haber sido destronado en 695, se dispuso a arrebatarle el poder y coronarse nuevamente como emperador en 705. Así al nuevamente estar sentado en el trono de los *bassileus*, Justiniano II se había puesto de inmediato la tarea de castigar a todos quienes le habían traicionado anteriormente, y “mientras el tirano sanguinario sólo pensaba en su venganza personal, los árabes tomaron en el año 707, después de un largo sitio, las dos importantísimas plazas del Asia Menor, Mopsueste, y Tiana en Capadocia<sup>69</sup>. Los árabes volvían al ataque, nuevamente se veían venir los ejércitos musulmanes sobre los muros de la Nueva Roma, se pondría nuevamente sitio a la ciudad.

Había muerto ‘Abd al-Mālik, pero le había sucedido su hijo Walīd, no menos guerrero, arrojado y conquistador que su padre. “En el año 708 volvieron a mostrarse avanzadas árabes cerca de Crisópolis a orillas del Bósforo, y en 709 el altivo Maslama, hermano del califa, atravesó con 80.000 hombres el

---

<sup>66</sup> G. F. Hertzberg, *Op.cit.*, pág. 46.

<sup>67</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 200.

<sup>68</sup> G. F. Hertzberg, *Op.cit.*, pág. 49.

<sup>69</sup> G. F. Hertzberg, *Op.cit.*, pág. 50.

estrecho de los Dardanelos junto a Lampsaco, y penetró en la Tracia”<sup>70</sup>. Por otro lado, y aparte de sus nutridas fuerzas, los árabes tenían cada día mayores probabilidades de éxito final con las continuas revoluciones y cambios de emperadores que ocurrían en la capital del Imperio bizantino. No había acabado Justiniano II en 705 de sentarse en el trono y desatar su venganza sobre quienes le habían arrojado del trono, cuando sus propias tropas, negándose a proceder con una de sus macabras y sanguinarias órdenes, se rebelaron y nombrando al armenio Filípico como emperador, le arrojaron nuevamente del poder en 711.

Pero no solamente se sufría en Asia, pues en la misma Europa los árabes habían conseguido penetrar por el sur de la Hispania, a través del estrecho de Gibraltar, a las tierras de los visigodos, cuyas fuerzas dirigidas por el soberano Don Rodrigo fueron totalmente aniquiladas en julio del 711, en la batalla de Guadalete. Algunos autores sostienen que este avance sobre la península Ibérica se debió al tampón que significó el Imperio bizantino para el fluir de las fuerzas musulmanas, las cuales no pudiendo entrar por Asia Menor a Europa, se desviaron para hacerlo por Hispania. Postura que es controversial teniendo en cuenta que es difícil precisar si esta supuesta intención musulmana de conquistar el mundo fue efectiva o no.

Mientras eso pasaba en las tierras occidentales de Europa, en el “[...] lado oriental Suleiman [Sulaymān], que en 23 de febrero de 715 había sucedido en el trono de los califas a su hermano Valid [Walīd I], hacía preparativos gigantescos para caer simultáneamente por mar y tierra sobre la capital del imperio bizantino y aniquilarlo de una vez”<sup>71</sup>. La estrategia del ataque por tierra y mar volvía nuevamente como en 674.

Pero el caos reinante en Constantinopla aun no había sido contenido.

Filípico puesto por sus tropas al trono en 711, era reemplazado por Anastasio II, quién fuera designado por el Senado y el pueblo en 713, después de que una revuelta del *thema* (distrito militar) de Opsikion depondrá a su predecesor. Pero los problemas no terminaban aquí, pues la rebelión del mismo *thema* que le había permitido subir al poder, le destronará en 716, “los opsikianos entraron de súbito en Constantinopla y elevaron al trono de Teodosio III (716-717), empleado del fisco. Anastasio abdicó en Nicea y vivió como monje en Tesalónica”<sup>72</sup>. Emperador que tampoco perduraría en el cargo debido a la rebelión de León el isáurico en 717, que terminaría por destronarlo, ascendiendo éste en su lugar con el nombre de León III.

Por este tiempo, “el califa Soleiman [Sulaymān] había empezado a poner en práctica sus grandes proyectos de conquista y había hecho avanzar (716) a través del Asia Menor tres ejércitos dirigidos por su hermano Moslemah [Maslama] y los grandes generales Soleiman y Omar”<sup>73</sup>. Y ya para el 15 de agosto de

---

<sup>70</sup> *Ibidem.*

<sup>71</sup> *Ibidem.*

<sup>72</sup> Karl Roth, *Op.cit.*, pág. 50.

<sup>73</sup> Karl Roth, *Op.cit.*, pág. 51.

717 sitiaba Constantinopla por la parte terrestre, mientras Soleiman desde el 1 de agosto aislaba la ciudad por mar. Así, “antes de verse León dueño de la capital, Maslama había roto el armisticio y se había echado sobre la Bitinia [...] En la primavera de 717 atravesó los Dardanélos cerca de Abidos, desde donde se movieron las masas árabes en dirección de Constantinopla”<sup>74</sup>. Pero el nuevo emperador León III, al cual los autores se refieren muy bien, había organizado con tanto cuidado sus preparativos de defensa, el valor de sus soldados era tan grande, las maniobras de su flota tan precisas y los temporales tan fuertes que los árabes no consiguieron nada ni por tierra, mientras que por mar su escuadra sufrió grandísimas pérdidas. Cabe mencionar que durante este asedio el fuego griego tuvo un papel protagónico nuevamente, causando severos estragos en la flota musulmana que se vio consumida por el poder de los brulotes bizantinos.

De esta manera, “el fuego griego, el hambre y la peste obligaron a Moslemah [Maslama] (amenazado además por los ataques de los búlgaros) a levantar el sitio de la ciudad en 15 de agosto de 718”<sup>75</sup>. Pero no todo acabó aquí, pues el nuevo *Jalifa*, sucesor de su primo Sulayman, “Omar [‘Umar II], en la primavera del año 718 [abril, mayo, junio], envió una nueva escuadra a Constantinopla para cubrir las bajas sufridas por la primavera; pero quedó también destruida en su mayor parte, ya por el horrible fuego marino de los griegos [fuego griego], ya por la traición de sus tripulantes cristianos”<sup>76</sup>. De esta manera al año de haber empezado el sitio, en 15 de agosto de 718, tuvo Maslama que levantarlo. Así, y mientras que las fuerzas de tierra tuvieron que volver a Damasco, la flota no sufrió igual suerte pues en el camino fue sorprendida por una tormenta con lo cual quedó casi totalmente destruida y los buques que se salvaron fueron capturados y destruidos por los griegos en las islas. Haciendo un recuento final, de cerca de 2.600 buques de guerra y de transporte regresaron solamente cinco, y de los 180.000 hombres de que se contaban las fuerzas terrestres y marítimas de toda la expedición se dijo que sólo volvieron 40.000. “Esta fue la derrota mayor que el Islam había sufrido hasta entonces; y para el nuevo emperador [León III] y la dinastía que fundó [dinastía isáurica] fue un título de inmarcesible gloria, después de tantos reinados desgraciados y vergonzosos”<sup>77</sup>. Así fue pues como el fuego griego salvó al imperio, pero León III “también salvó a Constantinopla de los árabes, quienes al mando de Maslamah, hermano del califa Suleimán (715-717), avanzaron hacia la capital (Asia Menor-Tracia-Constantinopla) con un gran ejército”<sup>78</sup>, el cual fue finalmente rechazado.

---

<sup>74</sup> G. F. Hertzberg, *Op.cit.*, pág. 52.

<sup>75</sup> Karl Roth, *Op.cit.*, pág. 51.

<sup>76</sup> G. F. Hertzberg, *Op.cit.*, pág. 53.

<sup>77</sup> *Ibidem*.

<sup>78</sup> Fotios Malleros, *Op.cit.*, pág. 171.

### Para finalizar...

Como puede apreciarse a lo largo del informe, el hincapié estuvo puesto casi exclusivamente en el aspecto político-bélico de la expansión árabe entre el 629 y el 718. Pero sería una limitación del entendimiento del proceso, quedarnos solamente con esto, es por ello que a manera de conclusión deseo presentar tanto los efectos de estas dos expansiones del Islam, como las relaciones surgidas entre los bandos musulmán y bizantino.

Se podría decir, a manera de elemento globalizante del proceso, que “el proyecto de conquistar Constantinopla representó un papel decisivo en el concepto del joven islam”<sup>79</sup>. Pues, ¿qué mejor prueba para *Allāh*, que conquistar el más importante poder pagano de la tierra?

Pero a medida que se avanzaba sobre territorio bizantino, fue claro que se hizo necesario establecer una serie de relaciones con la población local, y asimismo se dieron otra serie de relaciones que nadie planeó.

A pesar de que su política fue básicamente determinada por los propios intereses, no de los súbditos de las provincias conquistadas, como en toda conquista, sino de la aristocracia árabe-musulmana creada por las conquistas, “al principio los árabes mantuvieron la maquinaria de gobierno persa y bizantina con sus empleados, y hasta la antigua moneda”<sup>80</sup>. Y a ello contribuyó a que una vez llevada a cabo la expansión, los bizantinos y otros funcionarios quedaron para señalar y recaudar el dinero en la forma antigua. “Es muy relevante el caso de Sergio –Ibn Saryun-, antiguo funcionario de Heraclio en Damasco, quién llegó a desempeñar la jefatura de las finanzas califales”<sup>81</sup>. De esta manera se puede presenciar que los árabes, además de su increíble energía y poder, desarrollaron una habilidad política y de asimilación no menos pasmosa y trataron a sus nuevos súbditos con notable moderación, haciendo con esto progresos cada día más rápidos en su brillante carrera de conquistas<sup>82</sup>. Ejemplo de esta coexistencia y asimilación se puede ver con la entrada del *Jalifa* ‘Umar a Jerusalén, “la cesión de la ciudad por el patriarca es un hecho que reviste especial significado, porque entonces por primera vez el conquistador accedió a conceder garantías a los cristianos, reconociendo al mismo tiempo a la Iglesia cristiana y a sus jefes y respetando sus bienes”<sup>83</sup>.

Por otro lado, es importante señalar la relación cercana que comenzó a producirse entre *Jalifas* y *Bassileus* en lo respectivo al arte y arquitectura. Pues con el pasado histórico que tenían los primeros, era natural que estos ex nómadas no poseyeran ninguna tradición cultural relacionada con la arquitectura por

<sup>79</sup> Kurt Frischler, *Op.cit.*, pág. 208.

<sup>80</sup> Bernard Lewis, *Op.cit.*, pág. 72.

<sup>81</sup> Salvador Claramunt, *et.al.*, *Op.cit.*, pág. 57.

<sup>82</sup> G. F. Hertzberg, *Op.cit.*, pág. 40.

<sup>83</sup> Fotios Malleros, *Op.cit.*, pág. 152.

ejemplo. De esto es posible encontrar una notable demostración en el texto antes citado de *Bizancio: arte y espíritu*:

“‘Ayúdanos, rey de los griegos. Envíanos tus artistas y también piedras multicolores’. Y el rey les envió cargamentos completos de teseras de color y unos diez artesanos ‘te envío diez que valen por cien’ le comunicó el emperador y le remitió también su aporte, unos 80.000 denarios”<sup>84</sup>

Con estas palabras, el *Jalifa* Walid I se dirigió al emperador cristiano de Constantinopla, cuando decidió construir las mezquitas de Medina y de Damasco, en las dos primeras décadas del siglo VIII. Y esto debemos contextualizarlo en medio del gran conflicto que significó las dos primeras expansiones del islam que hemos analizado, lo cual lo hace bastante sorprendente. Que en medio de una enemistad religiosa y política exista tal espacio para la coexistencia y el intercambio cultural.

Finalmente, la pérdida que el Imperio Bizantino sufrió de sus territorios a manos del Islam, en un principio podría verse como una consecuencia trágica de la aparición y expansión musulmana, y de hecho lo fue. En efecto, el Imperio oriental se vio privado del importante comercio del mar Rojo y del océano Índico, en tanto los árabes llegaban al mediterráneo y con ellos cesaba el comercio de los bizantinos con Europa. Cabe mencionar otros aspectos de las consecuencias de la expansión musulmana, Franz Georg Maier sostiene que: “El cerco que los árabes pusieron al mar Mediterráneo acabó con el monopolio ejercido por Bizancio en el comercio exterior y disminuyó considerablemente su recién alcanzada influencia sobre occidente”<sup>85</sup>. Y con esta pérdida de influencia sobre el mundo mediterráneo, la parte oriental de esta zona comenzó a librarse de las formas de vida del período tardorromano y protobizantino. Y en el aspecto interior, “el imperio bizantino cesa de ser universal y se convierte en un Estado griego”<sup>86</sup>. Pero esta situación de desmembramiento del imperio a costa del crecimiento del mundo islámico, tuvo su lado positivo, aunque a simple vista no pueda apreciarse. Pues “el imperio adquirió un nuevo robustecimiento gracias a una forma ampliamente desligada de las tradiciones tardorromanas. El estado burocrático, que ya no se mostraba a la altura de las nuevas condiciones de autodeterminación exterior, se convirtió en un estado militar respaldado política y financieramente por un campesinado libre”<sup>87</sup>. Además esto significó la pérdida de las provincias monofisitas, con lo cual concluyó el conflicto religioso y dio paso a la conformación de la unidad confesional en la ortodoxia que se convirtió en un elemento decisivo para la unidad y estabilidad del Imperio. Así el imperio, reducido a la península de los Balcanes, al Asia Menor y a sus limitadas posesiones de Italia había quedado profundamente debilitado, aunque de todas

<sup>84</sup> Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, *Bizancio: arte y espíritu*, pág. 49.

<sup>85</sup> Franz Georg Maier, *Op.cit.*, pág. 69.

<sup>86</sup> Henri Pirenne, *Op.cit.*, pág. 38.

<sup>87</sup> Franz Georg Maier, *Op.cit.*, pág. 69.

maneras la pérdida de las provincias a manos de los árabes fue beneficiosa para la consolidación interior, ya que, con la segregación de elementos de diferente etnia y credo, el imperio quedaba con una población unida por la lengua y la religión<sup>88</sup>.

Pero al fin y al cabo, “por primera vez, desde la formación del Imperio romano, la Europa occidental se encontraba aislada del resto del mundo. El mediterráneo, mediante el cual se había relacionado hasta entonces con la civilización, se cerraba ante ella”<sup>89</sup>.

Si la aparición y expansión del mundo musulmán se ve como una gran tragedia para el Imperio bizantino, el cual quedó tendido y casi muerto después de sus múltiples golpes y mordiscos a su territorio, como se sostuvo durante muchos años por los historiadores europeocentristas, esto sólo lo es a simple vista, pues como hemos podido apreciar más arriba, también tuvo sus aspectos positivos. La cuestión de si fue negativo o no es un problema de perspectiva, pues por un lado podría decirse que la expansión musulmana fue el golpe definitivo que tuvo agonizando al Imperio hasta el siglo XV, así como podría decirse que fue el remezón que el Imperio necesitaba para ponerse al corriente de las nuevas situaciones y sacudirse de las viejas costumbres, y así como una serpiente, renacer con nueva piel. Pero antes de terminar, debo decir que es difícil que una agonía dure tanto como siete siglos, yo optaría por defender la segunda postura, al igual que los historiadores citados.

Además si extendemos un poco más la vista en el tiempo, podremos darnos cuenta que el Imperio bizantino vivió tiempos de grandeza y renacimiento bajo la dinastía Macedónica entre los años 867 y 1057, lo cual no refleja en lo absoluto algún grado de decadencia o agonía. Pero esto es algo que a esta investigación no le compete.

---

<sup>88</sup> Karl Roth, *Op.cit.*, pág. 43.

<sup>89</sup> Henri Pirenne, *Op.cit.*, pág. 39.

## Bibliografía

- Bréhier, Louis, El Mundo Bizantino. *Las instituciones del Imperio bizantino*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1956.
- Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros [editor], *Bizancio: arte y espíritu*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1995.
- Claramunt, Salvador, *et.al.*, *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Editorial Ariel, 1992.
- Frischler, Kurt, *Historia de las armas prodigiosas. Del pedernal a la bomba atómica*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1969.
- Herrera Cajas, Héctor, *Dimensiones de la cultura bizantina. Arte Poder y Legado Histórico*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” Universidad de Chile, 1998.
- Hertzberg, G. F., “El imperio Bizantino y los turcos”, en *Historia Universal*, Tomo decimoctavo, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1918.
- Lewis, Bernard, *Los árabes en la historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956.
- Maier, Franz Georg [compilador], *Bizancio*, serie “Historia Universal Siglo veintiuno”, México, Siglo Veintiuno Editores, 1991.
- Malleros, Fotios, *El Imperio Bizantino 395-1204*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile, 1987.
- Manrtan, Robert, *La expansión musulmana (siglos VII al XI)*, Barcelona, Editorial Labor, 1973.
- Pirenne, Henri, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- Roth, Karl, *Historia del Imperio Bizantino*, Tomo I, Barcelona, Editorial Labor, 1943.